

una repeticion de aquella, es casi una obra nueva, pues que aprovechando los nuevos estudios que hemos hecho en asunto de tamaña importancia, hemos seguido un plan distinto, reuniendo además cuantas noticias hemos podido adquirir sobre el origen de sus bellas advocaciones, y sobre el aparecimiento de algunas imágenes de la Señora que en España son objeto de la mayor veneracion. Aunque algo creemos haber adelantado, no nos lisonjemos de haber hecho una obra perfecta: nunca lo son las que salen de la mano de los hombres; pero no faltarán otros ingenios superiores, que trabajen sobre este asunto; con mas acierto y mérito que el que nos ha permitido nuestro escaso saber.

Por lo demás, el lector juzgará desapasionadamente, si nuestro trabajo puede ser de alguna utilidad, y si puede ponerse en manos de los jóvenes y de toda clase de personas, un libro, de cuya lectura mayores ventajas puedan sacarse que el que tiene por objeto el cantar las glorias y narrar las heróicas virtudes de la Soberana Emperatriz de los Angeles y de los hombres. Ella sea nuestro amparo en los azares de la vida y como acueducto de las divinas misericordias nuestra conductora al puerto de la salvacion.

PRIMERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE SU CONCEPCION EN GRACIA, HASTA QUE EN SU SENO PURÍSIMO SE VERIFICÓ LA ENCARNACION DEL DIVINO VERBO.

CAPITULO I.

Estado del mundo al empezarse á cumplir con el nacimiento de la Santisima Virgen los sucesos anunciados en el Testamento antiguo en órden á la Redencion de la humanidad.

Difícil empeño y colosal empresa es la que nos hemos propuesto al querer por segunda vez formar un cuadro de las grandes virtudes que adornaron á la felicísima criatura, que habiendo cooperado, en su calidad de Madre de Dios, á la Reparacion humana, reina hoy en el Empireo, siendo aclamada con júbilo universal Amparo del mísero mortal y Madre de misericordia. La tarea es en verdad árdua, y mas propia de génios brillantes y jigantescos, que de un pigmeo. Conocemos la exigüidad de nuestro mérito y la escasez de nuestros conocimientos: empero si la ardiente devocion que profesamos á la Virgen sin mancilla, cuya proteccion veces mil hemos experimentado á través de una vida llena de azares y sinsabores, alentó nuestra natural timidez, haciéndonos escribir y dar á luz nuestra primitiva

y conocida *Historia de la Santísima Virgen María*; hoy al tomar de nuevo la pluma para trabajar en el mismo terreno y ofrecer al ilustrado y católico pueblo español el fruto de nuestros últimos desvelos, y las curiosas noticias con que concluiremos nuestra obra, nos alienta la grandeza misma del asunto que nos ocupa, y la seguridad de que oyendo la Señora nuestras continuas plegarias, nos alcanzará del dador de todo bien claras luces y oportuno acierto. Esta idea, vigorizando nuestras potencias, disipa la natural repugnancia que nace de nuestra pequeñez, agranda nuestra fantasía y robustece nuestras fuerzas.

Como quiera, pues, que la Santísima Virgen María fué el lucero brillante que apareció en el horizonte de la Judea, como anuncio cierto de la venida del Sol divino de justicia Cristo-Jesus, cuya misión era salvar al mundo con el sacrificio de su vida, regenerándole al mismo tiempo con su doctrina, que como celestial y divina, había de disipar los groseros errores de la oscura noche en que estaba envuelto el mundo de los antiguos filósofos, creemos no solo curioso, sino útil, dar á conocer, siquiera sea con rapidez, el estado en que se encontraba el mundo moral cuando Dios en su altísima sabiduría dispuso que empezaran á tener cumplimiento los grandes misterios de la reparación, construyendo al formar á María un augusto palacio que fuese digna morada de su Magestad infinita.

Y desde luego, Sócrates al decir en el libro IV de las *Leyes*, «es preciso esperar del cielo un guía que nos instruya en la moral,» nos dá á conocer cuán lamentable era antes de la venida de Jesucristo el estado de las sociedades, cuán débil la constitucion moral del mundo. Ora fijemos nuestra vista en los egipcios, en los indios, los persas y los chinos, ora contemplemos el estado de la moral entre los

griegos y romanos, no observaremos mas que un espantoso caos de confusion. Natural parece que en el trascurso de los cuarenta siglos que mediaron desde la creacion del mundo hasta la época feliz de la Reparacion humana, la razon hubiese llegado á una completa madurez. Pero lejos de ser así, cada vez eran mas groseros los errores, y los filósofos que gozaban de mas fama y reputacion, eran tan dignos de lástima, como los ignorantes que les escuchaban y aplaudian. Si fijamos la vista en las escuelas filosóficas, veremos que al tratarse de formar códigos de moral, los mas eruditos se declaraban impotentes, confesion que no titubaron en hacer Marco Aurelio, Porfirio y otros semejantes estóicos. El mismo Ciceron, no sabiendo á cual de las opiniones entonces existentes adherirse, dice «que era obra exclusiva de Dios el hacer conocer cuál de las opiniones filosóficas era la mas conforme á la verdad.»

En vano será querer afirmar que la moral filosófica produjo grandes resultados. Verdad es que se nos pueden presentar hombres de un patriotismo á toda prueba como Régulo, de gran rectitud como Aristides; empero las bellas cualidades de estos, como la impassibilidad estóica de Sócrates, se nos presentan de otro modo, si contemplamos el móvil que á obrar de tal modo les impulsaba. Los vicios y entre ellos el orgullo que suele engendrar todos los demas, era la guía de las acciones que al parecer las hace recomendables. Admiramos actos de valor y de firmeza que llevaban á algunos á sacrificarse en defensa de su patria; pero este valor iba envuelto en un odio implacable contra todo extranjero que hacian objeto de su desprecio. Ni la humildad que apaga el fuego de la vanidad humana, y ahoga el grito de la soberbia, ni la paciencia que hace verdadera la adversidad, ni la caridad hermosa que abraza el

alma en el amor de Dios y del prógimo, eran conocidas, ni podían serlo en pueblos que como Atenas y Roma elevaban altares á dioses y diosas manchados con los vicios y crímenes mas abominables, y en donde reinaba por consiguiente un politeísmo insensato, que en vez de dar lecciones de virtud, autorizaba la venganza, la lascivia, el adulterio y los demas crímenes en el ejemplo de tales dioses que hacían objeto de su culto. No hay pues que estrañar á vista de tales divinidades, que fuesen objeto de los mas entusiastas aplausos, aquellos bárbaros combates de los gladiadores, en los que tanta sangre se vertiera, ni que el amor impuro, el fraude, la crueldad y hasta el parricidio, fuesen tenidos por laudable.

¡ Con cuántos negros colores nos vemos precisados á pintar el cuadro de la sociedad, en cuyo seno plugo á Dios que se realizasen los grandes misterios de la reparacion humana! Las pasiones sin freno, hacían que los hombres se dirigiesen por los caminos á que le impelían las veleidades del corazón y los caprichos de la fantasía, no conociéndose el pudor en las costumbres. En vano buscaremos en aquellas sociedades, ni garantía en la propiedad, ni vínculos de familia, ni amistad sincera y desinteresada entre sus individuos. El derecho de la fuerza, reducía á la mas penosa esclavitud á una gran parte de la familia humana, y hasta los espectáculos que servían de diversion á los pueblos eran inhumanos y sanguinarios.

Si todos estamos en el deber de bendecir continuamente á Dios y rendirle los mas fervorosos homenajes en acción de gracia, por habernos hecho disfrutar de los beneficios de la moral evangélica, la mujer cristiana debe reconocer con gratitud que al Evangelio debe su regeneracion, pues que su moral divina la sacó de la condicion abyecta en que

antes se encontrara. Veamos en confirmacion de esta verdad, cuáles eran sus derechos y las consideraciones que merecía en la antigua sociedad. Si leemos la historia de los Emperadores romanos, si registramos los anales de la Grecia, la veremos degradada hasta la saciedad, arrastrando en pos de su desenvoltura y sensualidad, á los filósofos, á los guerreros y á los mas egregios varones que se dejaban encadenar por sus caprichos. Cleopatra y la inicua Agripina, madre del inhumano Neron, la primera haciendo perecer un imperio en Egipto por su corrupcion, y la segunda siendo el escándalo de Roma, si Roma centro entonces de todos los errores y maestra de todos los vicios hubiese sido capaz de escandalizarse, son el retrato de la mayor parte de las mujeres de aquellos tiempos, que no conocían el pudor ni virtud alguna. Y aparte de esto, ¿cuáles eran sus derechos? ¿Qué clase de consideraciones gozaban? ¿Cuál era su influencia en la sociedad? Si bien por sus excesos conseguir podían algunos triunfos, su estado en general era el mas abyecto, y el hombre podía arrojarla de su lado como cosa inútil cuando llegaba á hastiarle, toda vez que la mujer era mirada no como la compañera sino como la esclava del hombre. Esta degradacion en que habia caído la mitad del género humano era antiquísima y no dejamos de encontrar vestigios de tan tristes verdades, por mas que estén envueltos en una profunda oscuridad los anales de la Asiria, la Persia, la Babilonia y el Egipto. Allí donde la idolatria era la religion de la generalidad, la poligamia era admitida, y no faltó pueblo que la sancionó con sus leyes. Los asirios presentaban sus mujeres al mercado, vendiéndolas en pública almoneda.

Ni fué tampoco mucho mas afortunada la mujer en Grecia, toda vez que allí era admitido el repudio y el divor-

cio: sin necesidad de intervencion alguna del poder público, podian separarse los cónyuges y contraer nuevas nupcias. El marido árbitro de disponer á su antojo de la suerte de la que era madre de sus hijos, podia arrojarla de su lado, y dejarla entregada á la miseria, sin que autoridad alguna le preguntase la razon de su modo de obrar.

De Roma hemos dicho ya que era la maestra de todos vicios y el centro de todos los errores. Un momento de tregua hubo en ella, en el que la mujer pudo ser algo mas afortunada en medio de su esclavitud. Fué durante la monarquía de Rómulo, en que únicamente fué lícito el repudio, y esto habiendo justas y legítimas causas. Los lazos que unen á los cónyuges eran entonces respetados. ¿Pero cuánto tiempo duró esto? El que puede durar cualquier ley justa en una sociedad corrompida. Bien pronto fué admitido el divorcio, que se hizo tan general que habia mujeres que perdian la cuenta del número de sus maridos.

Fué nuestro objeto presentar el estado del mundo moral en la época escogida ó señalada por Dios para que empezasen á tener cumplimiento los grandes misterios que dicen orden á la Reparacion humana. ¿Habia mejorado el estado moral de Roma en aquel tiempo? Y téngase en cuenta que si en Roma nos fijamos, es porque esta célebre capital de los Emperadores pasaba por la mas ilustrada del mundo. En ella se levantaba su olimpo de divinidades inmorales, y la embriaguez, el adulterio, la venganza, los mayores crímenes eran divinizados y adorados bajo los nombres de Baco, Venus, Mercurio y los demas depravados dioses del imperio. Compréndese pues á vista de tales divinidades la perfectibilidad de la moral, y los grados de civilizacion de la sociedad romana. Su doctrina era el absurdo, su moral la mas desenfadada licencia, su civilizacion la de la conquista y

la servidumbre, y no existiendo ni amor, ni caridad, ni justicia entre los miembros de tan corrompida sociedad, los hombres mas criminales recibian aplausos y eran reputados como hombres de alma grande. Este lúgubre cuadro que nos presenta la ciudad mas ilustrada nos hace conocer cual era el estado del mundo moral en la época en que nos hemos fijado. Necesario era que concluyese para siempre este estado de cosas. Una religion, una moral que hiciese al hombre entrar en el conocimiento de sus deberes, era una necesidad apremiante; pero justamente cuando tan corrompido se hallaba el mundo, sonó en el reloj de la eternidad la hora señalada para que se empezasen á cumplir las profecías que habian sostenido la espectacion de los justos hácia un acontecimiento en virtud del cual habia de cambiar la faz del mundo, y la gran familia humana habia de ser regenerada. Ofrecido estaba que un Mesías libertador habia de romper la escritura de la maldicion del hombre, haciendo pedazos las pesadas cadenas que la aprisionaran al terrible carro de Belial soberbio.

El que no tuvo principio ni puede tener fin, habia determinado hacerse como uno de nosotros por medio de un gran misterio, en virtud del cual habia de verificarse la union *hipostática* de las naturalezas divina y humana, ocultando de este modo su magestad y grandeza para ensalzar y elevar al hombre, manifestando con esta obra maravillosa su poder, su sabiduría y su bondad, como se esplica el Doctor angélico¹. La santísima Virgen Maria, cuya vida nos proponemos trazar aunque imperfectamente, fué la elegida por la Trinidad beatísima, para Madre del que siendo increado y

1 D. Thom. Opusc. 60.

eterno quiso nacer en tiempo, y siendo inmortal quiso morir en cuanto hombre por salvar al mundo.

Atendido pues el tiempo en que Dios dispuso tuviesen cumplimiento los vaticinios de los Profetas y los deseos de los justos y Patriarcas, enviando á la tierra á su Divino Hijo, para que hecho Hombre sin dejar de ser Dios, redimiese al mundo por el sacrificio de su vida, tiempo en que como hemos visto, la humanidad habia llegado al mayor grado de corrupcion y degradacion posible, no podemos menos de admirar los sábios designios de la Providencia. No se habia verificado antes porque acontecimiento tan extraordinario, debia ser anunciado repetidas veces y ansiado por los hombres. De verificarse mas tarde, tal vez la sociedad, como dice oportunamente un célebre escritor contemporáneo, hubiese naufragado. Bendigamos á Jesucristo que tantos beneficios viniera á dispensar, en su doble mision de Salvador del mundo y regenerador de la sociedad, y pasemos ya á ocuparnos de la admirable vida y heróicas virtudes de la Bienaventurada Virgen que le produjo de su seno divinamente fecundizado.

La historia de la vida de cualquier otro héroe de la religion la empezariamos por su nacimiento. La de la Madre de Dios debe empezar por el momento de su Concepcion; instante en que empezó á ser privilegiada de un modo singular y extraordinario.